

DESDE LAS *CRÓNICAS DE COLÓN* HASTA NUESTROS DÍAS: EL IMAGINARIO DEL PARAÍSO EN EL NUEVO MUNDO

Ana Elena Castillo Víquez*

La pregunta-enigma del deseo fundamental no es “¿qué es lo que quiero realmente?” sino “que quiere realmente el Otro de mí, qué soy yo mismo, como objeto, para el Otro? Yo mismo (el sujeto), como objeto causa del deseo del Otro, soy el objeto cuya proximidad excesiva desencadena la angustia: la angustia surge cuando soy reducido a la posición de objeto intercambio/ usado por el Otro.

Slavoj Žizek. El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política.

RESUMEN

El presente artículo analiza los sujetos culturales deseantes que precedieron la llegada de los conquistadores a América. Debido al impacto de éstos sobre las mentes y acciones de los que “descubrieron” el Nuevo Mundo, se va a construir una mirada, una primera mirada que ubicaría a los unos sobre los otros y trataría de realizar el sueño de un paraíso por mucho tiempo añorado “lleno de cánticos y voces de júbilo”. Paralelamente, tienen como antesala un sujeto cultural racionalmente dominante plasmado en *El príncipe* de Maquiavelo. Así se combinan los dos sujetos para alimentar la empresa que llevó a una lucha por obtener y mantener las riquezas y el poder en el Nuevo Mundo. Esta mirada se ve reflejada en un discurso diseminado en las narraciones que deja, como huella del pasado en el presente, el Almirante en sus crónicas.

Palabras clave: paraíso, mirada colectiva, sujetos culturales deseantes, Maquiavelo, Crónicas

ABSTRACT

The present article analyzes two desiring cultural subjects that preceded the arrival of the conquerors to America. Due to the impact of these on the minds and actions of those who “discovered” the New World, there is going to be constructed a glance, the first look that would locate some on others and would try to realize the dream of a paradise for a long time longed “full of canticles and voices of exhilaration”. In parallel, the conquerors had as an antechamber a rational domineering cultural subject who takes shape in *The prince* of Maquiavelo. By these means, the two subjects get together to support an enterprise that conducted the struggle for wealthy and power in the New World. This look turns out to be reflected in a speech spread in the stories left behind, as trace of the past in the present, by the Admiral in his chronicles.

Key Words: paradise, collective glance, desiring cultural subjects, Maquiavelo, Chronicles

* Profesora de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 23/5/07 - Aceptación: 7/6/07

1. Introducción

Ya con la antesala de teóricos como Lacan y Freud desde el psicoanálisis, podemos afirmar que los sujetos culturales son antetodo sujetos deseantes. Y es que el deseo pareciera ser un motor, una especie de fuerza que está allí e impera más allá de un gusto ingenuo y pasajero. En este sentido, es claro ver la conjugación de varios sujetos culturales europeos que parecen haberse conjugado a la llegada de los españoles a las tierras llamadas del Nuevo Mundo.

No solo se evidencia un sujeto, construido desde los grandes pensadores de la modernidad europea, como uno cuyo eje excluía los sentimientos y las emociones privilegiando el uso de la razón (Descartes) sino también uno que invisibilizaba la ética y construía la consecución de objetivos racionalmente, a partir de estrategias concretas, después de la observación y análisis de un objeto de estudio muy bien determinado: el poder (Maquiavelo).

A grosso modo se puede decir que el sujeto cultural que antecedió a la llegada de los españoles era uno delimitado en sus vértebras de pensamiento por la conquista del poder con la marginalización de las emociones y la invisibilización de aquel saber que trata sobre el bien y el mal.

Ahora bien, no debemos perder de vista que este no era el único sujeto cultural que campeaba en los espacios mentales colectivos previos a la llegada de los españoles. Encontramos otro y era antetodo un sujeto deseante. Este sujeto resulta clave y fundamental, ha sido nombrado pero no resaltado en toda su dimensión.

Como se ha mencionado, existen elementos claros en el pensamiento colectivo, al cual pertenecían aquellos que salieron en busca de las Indias y del Gran Can, que le dieron una plataforma, un marco de referencia a esa primera mirada, a esa forma de ver al otro que era desconocido. Si pudiéramos utilizar una metáfora sencilla, es como si hubieran construido anticipadamente un mosaico, una especie de bello vitral que se mezcló, se insertó en la mirada que estaba por caracterizar y crear bosquejos de un mundo diverso y nuevo, de un mundo no establecido aún dentro de la historia oficial, de un mundo que tomó nombre

y posición a partir de otro ya conocido y documentado. Aquel que vio primero lo hizo desde su pensamiento y sus sueños. El resultado fue un entrecruzamiento de la belleza del vitral con la belleza de las palabras y narraciones que salían de los ojos que buscaban los signos de un paraíso idílico, en espacios nuevos y realidades no conocidas. Sí, es un sujeto que deseaba un paraíso tiempo atrás perdido, un sujeto anhelante.

Tomando como base estos antecedentes se buscará establecer en puntos representativos de las narraciones de Colón, el sesgo de esa mirada ya anhelante, ya deseante de un paraíso perdido y, a la vez, de un ansia de poder, al cual se llega en este mundo conocido por el camino tradicional de la riqueza. Es el consabido binomio poder y riqueza. Eran dos sujetos que deseaban y que se entrecruzan.

De este modo, más allá de determinar la veracidad o no de lo expuesto por Colón, se enfocará el análisis en cómo se vislumbra la presencia de dos sujetos culturales europeos ya establecidos previamente, a través de las crónicas, por medio de las palabras, las descripciones y, por ende, las imágenes que ellas crearon. En la narración se va construyendo y reforzando los deseos que el mismo sujeto encerraba.

2. De entre los deseos más entrañables... la ilusión de un paraíso

Europa, para enmarcar, anhelaba y muchas cosas desde hacía siglos. América fue clave para que aquellos deseos pudieran tomar forma en algún lugar del mundo o, por lo menos, América representaba una de las últimas posibilidades de materializar y conseguir lo que tanto se quería.

Siguiendo el análisis de Delumeau es claro el papel que jugó la promesa del paraíso desde los escritos bíblicos. Es una añoranza ancestral. La expulsión del paraíso impregnó de deseos, encuentros y retornos las mentalidades colectivas, es la nostalgia del jardín del Edén. Tal y como se puede apreciar en la siguiente cita

La cultura en la que participaban y los sueños que ésta fomentaba los llevaron, al menos en un primer momento, a ver en los países insólitos que se descubrían las características de las tierras benditas que desde la Antigüedad obsesionaban la imaginación en Occidente. (2003:201)

El paraíso representó, primero que todo y durante mucho tiempo, el paraíso terrenal, que a su vez era concebido como el jardín de las delicias donde vivieron Adán y Eva por un tiempo. Durante casi tres milenios los judíos y los cristianos no pusieron en duda la veracidad del relato del Génesis que hablaba del maravilloso jardín que Dios había creado en el Edén.

Plantó luego Yahvé Dios un Jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre a quien formara. Hizo Yahvé Dios brotar en él de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar, y en el medio del jardín el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Salía de Edén un río que regaba el jardín y de allí se partía en cuatro brazos. El primero se llamaba Pisón, y es el que rodeaba toda la tierra de Evila, donde abundaba el oro, un oro muy fino, y a más también bedelio y ágata; y el segundo se llamaba Guijón, y es el que rodea toda la tierra de Cus; el tercero se llama Tigres (Jidequel) y corre al oriente de Asiria; el cuarto es el Eúfrates (Perat) Tomó pues Yahvé al hombre y le puso en el Jardín del Edén para que lo cultivara y lo guardase (Delumeau, 2003:19).

Toda esta descripción es en sí el relato de un lugar que existió, de un sueño, ante todo de un algo que se extravió pero que eventualmente, en algún momento, podría volverse a recuperar. De allí el anhelo y los deseos, pues ciertamente no se perdió solamente un lugar en sí (los frutos, los ríos y demás elementos) sino también estados de armonía, paz y, sobretodo, una inmensa felicidad. Debemos recordar también la perpetua condición de inmortalidad que existía en el paraíso y que, uniendo todos los elementos, obtendríamos un continuo estado de alegría y bienestar. Como lo afirma Delumeau en la siguiente cita,

Numerosas civilizaciones creyeron en un paraíso primordial donde reinaba la perfección, la libertad, la paz, la felicidad, la abundancia, la ausencia de violencia, de tensiones y conflictos. Los hombres se entendían y vivían en armonía con los animales; se comunicaban sin dificultad con el mundo divino.

De aquí nace la profunda nostalgia, en la conciencia colectiva, por el paraíso perdido, pero nunca olvidado, y el deseo poderoso de volver a encontrarlo. (2003: 23, 24)

Establecido claramente el relato del paraíso, se declara más tarde una polémica que gira en torno a la interpretación sobre la ubicación del jardín paradisíaco y si este relato del Génesis era alegórico o correspondía con una realidad material concreta. En otras palabras, si era la descripción de aquel paraíso simbólica o, por el contrario, literal.

Algunos eruditos principalmente los de la parte griega del Imperio Romano proponían que se debía entender el relato en sentido figurado. Tal fue el caso de Filón que influyera de manera importante las cartas de San Pablo y la escuela cristiana de Alejandría. Para él, la narración sobre el jardín en el que vivieron Adán y Eva debía interpretarse desde la perspectiva alegórica. No obstante, cabe recalcar que los teólogos se inclinaron en su mayoría por una lectura no simbólica del pasaje. Así el obispo Epifanio (403DC), Teodoro de Mopsuestia, representante de la escuela de Antioquia y San Juan Damasceno (749DC) expresarán la misma convicción y recalcarán sobre el aspecto real del jardín divino.

Posteriormente, surge una posición que mezcla dos elementos en aparente disputa. Para Moisés Bar Chepas, obispo de Bethraman, cerca de Bagdad (alrededor del 900) dirá que el jardín se puede interpretar desde dos perspectivas: el de la física y el de la mística. San Agustín termina por expresar el asunto en palabras concretas “unos lo ven como una ‘realidad material’, otros como una ‘realidad espiritual’ y otros más como una realidad a la vez corpórea y espiritual. Él dice inclinarse sobre la tercera. Sin embargo, en su doctrina es contundente sobre la realidad de la narración “ (...) nos conviene advertir que primeramente debemos tomar en sentido propio las demás cosas narradas, y no juzgar que se habló en sentido figurado, sino que se narran las cosas tal como son, pudiendo simbolizar también alguna otra cosa” (Delumeau: 2003, 45)

Al tener San Agustín un gran peso sobre la tradición, estas declaraciones tuvieron un enorme impacto en otros autores que juntos contribuyeron

radicalmente a través de los siglos en la construcción de un imaginario colectivo sobre el paraíso terrenal. Entre ellos tenemos al erudito anglosajón Beda (uno de los fundadores de la Edad Media), Rabano Mauro (arzobispo de Maguncia y representante en Alemania del renacimiento carolingio), Honorio llamado Autun (que escribe un catecismo de las creencias y las ciencias de su tiempo), Pedro Lombardo (1160) y Santo Tomás de Aquino.

No se debe cometer el error de adjudicar esta visión a una mentalidad de la Edad Media, como bien lo dice el autor en el primer capítulo del libro “La amalgama de las tradiciones: de Moisés y Homero a Santo Tomás de Aquino”, estas son constantes y se retoman con más fuerza aún en el Renacimiento y el siglo XVII. No es para menos. Baste servirse de la lectura de Honorio, citado por Delumeau, para comprender el deleite que encerraba lo perdido y la añoranza descomunal que colectivamente se desprende al entender el valor de lo que se había otorgado pero que ya no se tiene y, en consecuencia, las ansias por recuperarlo.

Es un lugar (...) en el que los árboles de las diferentes especies se plantaron para contrarrestar todos los inconvenientes posibles: por ejemplo, si el hombre comía del fruto (de uno de ellos) en el momento oportuno, entonces mitigaba su hambre; si tomaba de otro, saciaba su sed; si tomaba de otro, disipaba su cansancio; y si finalmente recurría al árbol de la vida, entonces escapaba de la vejez, de la enfermedad y de la muerte. (2003: 46).

3. Desarrollo

Es importante, al iniciar el análisis, recordar el peso que tomarán las descripciones hechas por Colón posteriormente ya que, para el tiempo en que son recibidas por diversos lectores “en otro lugar del mundo”, la autoridad estaba en aquel que veía directamente y observaba, es decir, ya el desplazamiento con respecto a los grandes pensadores de la tradición antigua había ocurrido. En otras palabras, la filosofía que sirvió como base en la época moderna ya había calado y, desde esa perspectiva, era válido lo se decía de la observación directa y el estudio de un objeto

determinado. Es la autoridad establecida desde la racionalidad por Descartes.

Dice aquí el Almirante que hoy y siempre de allí en adelante hallaron aires temperatísimos; que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores (1986:122)

Entonces así afirmaba el que podía y tenía la autoridad para hablar, mirar y describir. Queda ya instituida lo que llamaremos la voz autorizada. Es pertinente, en este momento, retraer lo que se anunciaba con los estudios semánticos. Ya que no estamos exclusivamente ante la mirada sino principalmente ante la voz. La ilusión impregnó la mirada pero la mirada fue constituida y establecida en las memorias por la palabra.

Como lo afirma María Amoretti “las palabras no son etiquetas de conceptos o clases dadas por naturaleza (nominación), sino que son obras de los seres humanos y aparecen gracias a las convenciones del lenguaje (designación), de modo que las palabras tienen un valor social.” (1993:209) Y en este sentido, el valor que se da no es inocente o intrascendente o si se quiere ingenuo. Todo lo contrario, “el lenguaje les asigna a las cosas, además, un lugar, las clasifica, las agrupa y las jerarquiza” (1993:209)

En otras palabras, “las cosas no valen por sí mismas, sino por el valor concedido en el lenguaje y cuando intercambiamos las cosas, en realidad lo que intercambiamos es ese valor, que es un valor social, atribuido por convención.” (1993:209) Ese valor viene no de la realidad sino de un “modelo de realidad” aceptado socialmente.

Ahora bien, como lo expresa la autora “un enunciado considerado por la situación en que es producido, considerado en el momento y circunstancias en que tomo la palabra, es lo que llamamos discurso... en el espacio social en que vivimos, lo que oímos y decimos son , simplemente, discursos.” (1993:210)

Tal y como se postuló en la introducción, en las crónicas, por medio del lenguaje y las descripciones, se puede ir así vislumbrando un discurso particular sobre la concepción del paraíso que, además, viene a cumplir en estas primeras miradas la materialización de un sujeto cultural europeo deseante y en cuyo imaginario colectivo privaron las descripciones del paraíso terrenal.

Dice aquí el Almirante que hoy y siempre de allí en adelante hallaron aires temperatísimos; que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores (2005:122)

Retomando la cita enunciada, enfatizamos en esta breve frase elementos fundantes que no pasarían desapercibidos sobre un lector y que servirán de antetelón a lo que se narrará más adelante. “Hoy” y “siempre”, estados permanentes de longevidad y atemporalidad. Es una afirmación categórica. Invariabilidad. Es el presente y también todo futuro. Condición de eternidad, se diría, sin cortes, ni rupturas. Y la carencia de rupturas no es una casualidad, es parte de un simbolismo y éste, a su vez, es parte de los tejidos de un discurso agrupado y bien formado, tal y como se pretende ir dilucidando en el análisis. En este sentido, no es por azar que la frase marque tan tajantemente la atemporalidad. Como bien lo dice Chevalier en su diccionario “toda ruptura simboliza manifestándola, la dualidad de todo ser: todo lo que está vivo o construido puede ser matado o destruido, aún más, lleva el germen de su propia destrucción” (1991: 901). El tiempo sin ruptura entonces es aquel tiempo que escapa de la destrucción, de la muerte y, por ende, de la tragedia. Es, indiscutiblemente, el tiempo paradisiaco. Y continúa la narración. “Aires temperatísimos”: hoy y siempre. Solo falta oír ruiseñores. Clima cálido ya establecido sin condición temporal. No importa que exista la posibilidad de cambio; en estas breves palabras se evidencia el deseo de que aquello que se vive, se perpetúe, no interesa esperar el futuro. Será así. Siempre. Es una afirmación no solo del hoy sino también del mañana, que sin dudar será igual que el hoy. En otras palabras, se habla de algo que no se ha visto pero no interesa, el deseo y la carga simbólica quedan como evidencia para resaltar aún más que estamos ante relatos que trascienden la “objetividad” de lo que se narraba. ¿Cómo describir objetivamente un futuro que evidentemente no se ha vivido?

Resalta además, de sobremanera, al ser el único mencionado, el ruiseñor. Se busca y se anhela el pájaro que habita por excelencia los espacios paradisiacos y cuya representación simbólica resulta particularmente previsoría de lo ya dicho, tal y como lo expresa Chevalier en su diccionario de simbología.

La calandria, como también se le conoce al ruiseñor, es universalmente famosa por la perfección de su canto. Esta perfección es la que, talvez, recuerda la armonía y la excelencia del paraíso. Platón lo ubica como el emblema de Thamyras, bardo de la Tracia antigua. Sin embargo es en Japón donde su canto es el canto de la perfección al repetir la letra del Hokekyo, el sutra del “Loto de la buena ley”. Es decir, la ley de la bondad que lleva en sí, nuevamente, la perfección de la vida y la rectitud.

Curiosamente, es en su canto (no en su aspecto) que se centra el punto más alto de la belleza y la perfección. “Por la belleza de su canto, que hechiza las noches de vigilia, el ruiseñor es el mago que hace olvidar los peligros del día” (Chevalier, 1991: 900) Es la melodía que canta, valga la redundancia, la perfección y habita, por tanto, los espacios simbólicos de lo perfecto, en otras palabras, del paraíso.

“Solo faltaba oír el ruiseñor.” Oír, no ver. Palabra y canto. Unidos entonces los discursos de la narración de Colón (su palabra) y los cantos simbólicos. Palabra y símbolo entrelazados en un discurso coherente lleno de añoranza y anhelo. Y por las mismas características de las añoranzas, pareciera ser algo que se tiene entre manos pero de una marcada seña efímera. Dice Chevalier,

la perfección de la felicidad que evoca parece tan frágil y tan lejana en su intensidad tan excesiva que vuelve más intolerable el sentimiento doloroso de ser incapaz de ella, o de perderla, por la llegada inminente y fatídica del sol”(1991:900)

Es la inminente luz del sol, la claridad de lo real que hace temer una nefasta desilusión y muerte. Son los peligros del día, inevitables en sí los que la fascinación del canto oculta. Tal y como se ve en Romeo y Julieta, los amantes tienen dos opciones, si escuchan la calandria permanecen unidos, pero se exponen a la muerte; si creen en la alondra (que es el pájaro que se opone al ruiseñor) salvan su vida pero se tienen que separar (Chevalier, 1991: 900).

Igualmente, el ruiseñor que canta en la noche, o sea la oscuridad, cuando casi no se ve, desaparece con la claridad del día, dando paso a los peligros inminentes de la realidad. Colón, en

su narración busca y añora el canto del ruiseñor atemporalmente, durante el día o la noche. Ya habíamos establecido esta condición marcada de perpetuidad. Claramente, no hay signos de temporalidad. Todo lo contrario, incluso las crónicas detallan lo hecho durante el día. De la noche apenas hay registro. Es el síntoma más claro del sujeto deseante que se entremezcla en la narración. Indudablemente, se busca el paraíso, aquel lugar donde no alcanzan a llegar “los peligros del día”, donde canta el ruiseñor día y noche, donde hay permanencia sin muerte. La muerte como elemento ajeno al paraíso, donde no hay ruptura temporal.

¿Algún deseo escondido entre las palabras? ¿Algún discurso anhelante de un sujeto cultural traslúcido y escindido entre los enunciados “objetivos” de aquellos que describían lo que simplemente observaban?

Curiosamente, tal pareciera ser ya que esta frase no es la descripción de las tierras que se vieron o sus climas sino que fue dicha aún antes de llegar a una costa o verificar lo que había en tierra. En efecto, sirve como antesala a la puesta en marcha de un discurso producto de un sujeto cultural europeo deseante y tenemos en estas primeras aproximaciones la evidencia.

Posteriormente, en las crónicas, el ansia por ver tierra y llegar a alguna isla marcan el ritmo de las narraciones. Se intercalan nuevos retazos de descripciones como la del 26 de setiembre “La mar era como un río; los aires, dulces y suavísimos” (1986: 127) o la del 8 de octubre “tuvieron la mar como el río de Sevilla... los aires muy dulces como en abril en Sevilla, que el placer estar a ellos, tan olorosos son.” (1986: 128)

Los elementos adjetivos del sujeto cultural anhelante: calma, suavidad, dulzura en las aguas y en los aires. Olores frescos y agradables. Así describía más adelante, cuando finalmente llegaron a tierra: “Y llegando yo aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo.” (1986: 138)

Basado en Isaías, Delumeau nos recuerda cómo recalaban los profetas del Antiguo testamento la idea del Jardín del Edén. “En éste, plantado en medio de una campiña feliz (Edén),

todo era dulzura, sabor y perfume. Ahí el hombre y la mujer vivían en armonía con la naturaleza y el agua corría abundantemente (...) su existencia que debió ser inmortal, se desarrollaba en medio de la felicidad y de ‘voces de canto’” (2003: 22).

Todo está relacionado con los sentidos: los olores agradables, sabores exquisitos y un estado de armonía y paz, que provocaba cantos y alegrías sin fin. El 3 de noviembre describió el Almirante,

Entró por el río arriba hasta llegar al agua dulce, que sería cerca de dos leguas, y subió en un montecillo (...) y no pudo ver nada por las grandes arboleadas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual dice no tener duda que no haya yerbas aromáticas. Dice que todo era tan hermoso lo que vía que no podía cansar los ojos de ver lindeza, y los cantos de las aves y pajaritos. (1986:145)

Y a lo largo de las crónicas se hace más que recurrente las descripciones ya antes señaladas “En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más hermosa de ver que otra que se haya visto, leyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía.” (2005: 136) Hasta el punto de llegar a afirmar “Crean vuestras altezas que es esta tierra la mejor e más fértil, y temperada, y llana, y buena que haya en el mundo.” (1986: 137)

El ambiente es asumido, según la narración, como una atemporal primavera, unido así al espacio que no es menos “todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles, y todas pobladas” (1986: 132). La fertilidad en las tierras y habitantes, los llanos y la facilidad para estar, sin montañas ni problemas refuerzan, inevitablemente, la idea paradisiaca. La fertilidad es vida y vida en abundancia, por eso su ligamen directo con las aguas, lo verde, los árboles.

En esta misma dirección de ideas es pertinente establecer como constitutivos estos dos elementos, por demás recurrentes en las descripciones, el agua y el árbol. Particularmente, la presencia del líquido es mencionada constantemente en los ríos, lagunas y “muchas aguas”. Simbólicamente el peso que tiene el agua es trascendental. Según Chevalier, hay tres temas dominantes: fuente de vida, medio de purificación y centro de regeneración. En Asia, el agua es

el origen de la vida y el elemento, como se mencionó anteriormente, de regeneración corporal y espiritual, es el símbolo de la fertilidad, la pureza, la sabiduría, la gracia y la virtud. Con ello, no es de extrañar, como se señaló previamente, ver que en las descripciones de Colón la fertilidad, el verdor y el agua están intrínsecamente ligados. Uno deviene en el otro y se refuerzan frecuentemente. Ciertamente, dos elementos vertebrales: el agua y el árbol.

Así describía el Almirante, “junto con dichosa isleta están huertas de árboles la más hermosas que yo vi, e tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y de mayo, y mucha agua” (1986: 132) o esta otra “La isla, dice, ques llena de montañas muy hermosas (...) y llena es de muchas aguas (...) dicen por señas que hay 10 ríos grandes, y que sus canoas no la pueden cercar en veinte días.” (1986: 142)

En las tradiciones judías y cristianas el agua simboliza el origen de la creación, lo cual crea un nexo directo con la divinidad. Y este con la sabiduría. Yavhvé da a la tierra el agua pero existe otra agua más misteriosa y que precede la creación. Así en el corazón del sabio reside el agua, él es como un pozo, sus palabras tienen la fuerza del torrente, pero el hombre que no posee sabiduría tiene el corazón roto y deja escapar el conocimiento. (Chevalier, 1991: 54) Es el agua de la Sabiduría, fuente de creación, de perfección, de la vida misma. Jesús emplea este simbolismo con la mujer de Samaria “quien beba el agua que yo le daré ya nunca tendrá sed, pues el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en manantial de agua que brote para vida eterna”. El agua es una vida espiritual plena y eterna. Así Palestina, la tierra prometida, es una tierra de torrentes y manantiales. Jerusalén está regada por las aguas pacíficas de Siloé. Los ríos son agentes de fertilización de origen divino. La fertilidad que da la abundancia de vida eterna. El paraíso, el Jardín del Edén es donde coexisten la creación divina, emergida de la Sabiduría, la plenitud espiritual y del conocimiento, en síntesis, donde emerge en todo su esplendor el árbol de la vida.

En igual sentido, el árbol simboliza la vida del espíritu y esencialmente presenta seguridad sobre un plano espiritual. No hay dualidad vida,

muerte, solo certeza, confianza y vida. Los frutos excepcionales y abundantes y los grandes ríos que irrigaban el paraíso en todo su conjunto emanaban vida, vida en exceso. Fertilidad y plenitud. Palabras por lo demás recurrentes en la narración de Colón y que atadas unas de las otras nos muestran el tejido discursivo que se deja entrever en las frases tan reiterativas de la mirada recreada por el Almirante.

Estas tierras son muy fértiles; ellos las tienen llenas de mames (...) y fabas muy diversas de las nuestras, y mucho algodón, el cual no siembran y nace por los montes; árboles grandes, y creo que en todo tiempo lo haya para coger, porque vi los cogujos abiertos y otros que se abrían y flores, todo en un árbol, y otras mil maneras de frutas que no me es posible escribir, y todo debe ser cosa provechosa. Todo esto dice el almirante. (1986:146)

Ahora bien, existe la armonía y la mansedumbre como características bellas e ideales en un paraíso terrenal. Y que como las otras pinceladas de un melancólico sueño toman forma en las palabras que se utilizan para narrar.

Había perros que jamás ladraron; había avecitas salvajes mansas por sus casas; había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar (...) Toda aquella mar dice que le parece que debe ser siempre mansa como el río de Sevilla. (1986:143)

Las huellas de los opuestos binarios se borran, no hay de hecho oposición entre los elementos. Las avecillas son mansas y salvajes al mismo tiempo. El paraíso es donde las dualidades desaparecen, donde se superan “el uno o el otro”. Tenemos aires templados “ni fríos, ni calientes” es justamente el “ni lo uno ni lo otro”. Afirmar esto es decir que las jerarquías se quiebran, por tanto, no hay centros ni márgenes. No hay molestia, solo armonía, ni los grillos perturban, el mar es manso. Fundamental resulta la palabra “jamás” que marca la atemporalidad de los aires perfectos, de los mares en calma, como también de los perros que nunca ladraron. No existe una razón para ladrar. Es la apacibilidad y la calma perpetua.

Los sentidos, en un estado constante de placer, no sobrepasan ni a lo alto ni a lo bajo. El mal, elemento distorsionador, al no existir, no

desequilibra ni forma la oposición (lo cual es eliminar la jerarquía) y el bien se basta a sí mismo para brindar un estado perfecto que impregna el ambiente de un inacabable deleite y los frutos de un excelente sabor. Obsérvese detalladamente la descripción de esta isla, particularmente la temperatura.

Dice que halló árboles y frutas de muy maravilloso sabor; (...) Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche con que se holgaban todos: los aires sabrosos y dulces de toda la noche ni frío ni caliente. (1986:143)

Comparativamente, recordemos lo narrado en los célebres “Himnos al Paraíso” de San Efrén Sirio (373) acerca del vergel sin invierno. Era un lugar bañado con un aire límpido, favorecido durante todo el año por una temperatura templada y agradable. No había tempestades ni tormentas, ni granizo, ni hielo invernal, ni sequías de otoño. El verano no marchitaba las flores y todos los frutos maduraban. La tierra era fértil y corría la miel y la leche. (Delumeau, 2003:34) “en el recinto, las higueras silenciosas (...) las moradas luminosas, las fuentes perfumadas (...) el sombrío febrero es risueño como mayo, diciembre es (...) como agosto con sus frutos, junio como abril” El aire es “virginal” y “transparente”, “fuentes de gozo” riegan la tierra donde hay “abundancia de vino y leche, miel y mantequilla” y los árboles son de una “fertilidad infinita”. (Delumeau, 2003:35)

Quedan, sin lugar a dudas y con los mismos tejidos narrativos, establecidas las intersecciones de los dos discursos que se entremezclan, con las mismas evidencias lingüísticas para ambos casos.

Así mismo encontramos dentro de la narración y, por ende, en el valor de los enunciados (las palabras en su unidad básica) el segundo aspecto mencionado como vértebra del sujeto cultural europeo. Un sujeto con ansias de poder y expectativas claras de dominación. La racionalidad aplicada a la obtención del poder, se podría afirmar. Directamente no se busca invisibilizar lo ético, es simplemente crear estrategias para obtener y mantener el poder de forma racional.

Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejándose del largo viaje; pero el almirante los forzó lo mejor que

pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podían haber. (2005:129)

Aún antes de llegar a las Indias (cabría cuestionarse si otro lugar hubiera cambiado las expectativas), los objetivos, los anhelos y las prioridades del sujeto cultural europeo, impregnado de la modernidad, parecían más que estar claros y no se enfocaban sobre, por ejemplo, el intercambio de conocimiento o de bienes materiales equitativos para ambas partes. Se llegó con el deseo anticipado y determinante de sacar provecho, de lo mucho que podrían obtener, tal y como se observa en la cita pues era el motor que utilizaba Colón para mantener los ánimos.

En efecto, al arribar a las tierras nuevas no interesaron ni al Almirante ni a la tripulación los obsequios, lo que observaban de las también culturas nuevas sino justamente el oro, deseo colectivo, anhelo vertebral de un sujeto cultural ya constituido.

Traían ovillos de algodón filado y papagayos, y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquier cosa que se los diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen en la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello, y tenía muy mucho. (1986:130)

Así también el sábado 13 de octubre, obsesivamente escribía el Almirante “y así ir al sudueste a buscar oro y piedras preciosas” (1986: 131) y agregaba paralelamente la descripción del lugar “Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas agua, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña y toda ella verde, que es placer de mirarla” (1986: 131)

Se intercalan constantemente en el lenguaje y el valor de las palabras un discurso que establece una mirada muy precisa a partir de los anhelos y deseos de un sujeto cultural europeo que funcionó anticipadamente. Lo verde, la abundancia del agua, la serenidad que el paisaje infunde y el placer de ver y estar constantemente hacen hincapié, como bien se ha repasado previamente, en la concepción del paraíso terrenal e intercalado se plasma el deseo de dominio y

poder cuya ruta directa está ligada indiscutiblemente a la riqueza. Y esta, por la época en que llegaron los españoles, era no solo la obtención de tierras sino principalmente el oro y las piedras preciosas.

Ahora bien, si retomamos la descripción del Génesis existe un detalle en la narración que se refiere no solo a los árboles y ríos sino al oro que allí había, un oro muy fino y en abundancia. La concepción misma del Jardín del Edén envolvía ya el elemento de la riqueza. Estaba en el mismo Génesis la fuente de la ambición y la expectativa previa de la riqueza que movería a miles de conquistadores y mercenarios ingleses durante siglos en busca de los tesoros del “Nuevo Mundo”.

Efectivamente, no bien había el Almirante puesto pie en tierra, cuando estaba preguntando y buscando compulsivamente el oro.

“Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para fallar oro.” (1986: 134) Más adelante anota “esta isla es grandísima, y tengo determinado de la rodear, porque pude entender, en ella, o cerca della, hay una mina de oro.”

Los aires, los bosques, el verdor anticipan que probablemente se encuentran ante el paraíso perdido y en él, según las narraciones bíblicas, había oro y piedras preciosas. El profeta Ezequiel, al hablar del príncipe de Tiro, menciona también el jardín de Dios rodeado de un muro de piedras preciosas. “Habitabas en el Edén, en el jardín de Dios, vestido de todas las preciosidades; el rubí, el topacio, el diamante, el crisólito, el ónice, el berilo, el zafiro, el carbunclo, la esmeralda (...) te pusieron junto al querube, colocado en el monte santo de Dios” (Delumeau, 2003:21)

La montaña cósmica donde Ezequiel sitúa el Jardín del Edén y los muros de piedras preciosas desemboca en el Apocalipsis de San Juan en la Jerusalén mesiánica y cuya muralla reposará sobre cimientos de zafiro, de esmeralda, de topacio y de otras nueve piedras preciosas más. (Delumeau, 2003: 22)

Así que había un ligamen directo entre el paraíso, con todos sus elementos naturales, el oro y las piedras preciosas.

Y es que tal y como lo dice Juan de Arfe y Villafañe en su libro *Quilatador de plata, oro y piedras*, “el oro es el más subido y estimado metal que nace de la tierra... Entre otras virtudes que la naturaleza le comunicó, tiene una en particular, que conforta la flaqueza del corazón y engendra magnanimidad, quita la melancolía y limpia las nubes de los ojos...” (1976:23)

Y, de paso, agregaríamos abre las puertas del poder. En las diversas sociedades existe un nexo directo entre riqueza, poder y felicidad. Es una asociación simbólica basada en la concepción de que el mando, la acumulación de bienes y la disposición de riqueza dan la felicidad.

Es pues inevitable pensar o establecer que el paraíso no era solo el lugar del deleite en frutos, aromas, ríos y todo tipo de delicias sino también el lugar de la felicidad. Al entrecruzarse las descripciones bíblicas de un paraíso divino con las concepciones humanas dio como resultado varios puntos interesantes.

El paraíso era un sueño, un anhelo que debía encontrarse materialmente, es decir, geográficamente, en alguna parte del mundo. Así que las bellezas naturales eran asumidas como el estado natural del jardín del Edén.

Si ante lo impresionante de la naturaleza que observaban se estableció la asociación directa con el paraíso, se buscó en este, por lógica, “el oro fino” y la felicidad que debían ser propios de él.

Ahora bien, aquí es donde se entremezclan sujetos culturales preestablecidos: sueños y anhelos con poder y felicidad. Más claramente, sueños y anhelos que se desprenden del plano de la mística y conformaron un sujeto cultural deseante con las concepciones y definiciones que provenían de otro sujeto cultural enmarcado en la modernidad.

Dicho de otro modo, se buscan retazos de un paraíso descrito siglos atrás por profetas y eruditos bíblicos pero se definen aspectos cruciales desde otro sujeto cultural. Si se dice que el paraíso tenía maravillas naturales, pues “las tierras nuevas” ciertamente las tenía también; si se dice que en el paraíso habían aires templados, en este recinto edénico también los hay; si en el paraíso había abundante oro fino, este recién encontrado

paraíso lo debería tener y en la misma medida; si el paraíso se erguía sobre cimientos de piedras preciosas, este otro las debe guardar silenciosamente en sus entrañas; si en el paraíso perdido se vivía en un estado perpetuo de felicidad, en este paraíso encontrado finalmente, se lograría lo mismo. Ahora bien, si la felicidad en este mundo material concreto se obtiene por medio de la riqueza y el poder; es lógico pensar que en un paraíso terrenal, geográficamente ubicado en este ya caracterizado mundo, obtendríamos la felicidad de la misma manera. Por eso, las riquezas que proporcionarían la tan nombrada felicidad vendrían, según el orden establecido culturalmente, de la obtención de las tierras, el oro y las piedras preciosas; pero también, y no menos importante, del poder, que sería en este caso, del dominio y del arte para mantener el dominio. En este punto, vale resaltar los postulados de Maquiavelo que formarían un sujeto cultural cuya plataforma dará parámetros claramente racionales para lograr estos objetivos.

En este sentido, vale ampliar o retomar algunos de los legados de la modernidad, recordando con énfasis que lo que Maquiavelo recolecta en su libro, esa forma de pensamiento colectivo que se plasma no la inagura él. Ciertamente es lo que observa, analiza y expone de la sociedad que lo rodea. Sin lugar a discusión tienen los escritos un enfoque particular (observa el poder desde una perspectiva racional) pero toda esta visión está allí previamente. Es como una especie, diríamos, de pensamiento flotante, sistematizado, evidenciado y reproducido, eso sí, en un texto crucial.

Por ende, no es tanto que el texto a partir de su publicación postule e introduzca sino más bien recolecta, evidencia e instituye lo que se vive y “se respira” socialmente. Estamos hablando de la modernidad. Y es que tanto a la llegada de los españoles, desde la primera expedición del Almirante, pasando la conquista y la colonia impregna este pensamiento las miradas, las actitudes y las acciones. Al decir esto, estamos afirmando que estamos ante un sujeto cultural y uno muy particular.

Se podría decir que a partir del sujeto racional cartesiano surge una subjetividad

racional, valga la redundancia, donde el mundo al concebirse mecánico obedece a ciertas leyes estables que permiten descifrarlo. La misión es, básicamente, decodificarlo. Esta misma lógica se aplicará no solo a las leyes que rigen objetos o fenómenos naturales propiamente dichos sino también a esos ejercicios de un “algo” que se tenía y se ejercía desde hacía mucho tiempo y era tan real como cualquier otro objeto: el poder y sus diversas formas y manifestaciones. Como un todo, en *El príncipe* se plasma un sujeto cultural moderno que ha impactado las formas de pensamiento de aquellas sociedades y naciones involucradas en los procesos de la modernidad, particularmente en lo referente a las relaciones de poder. Ciertamente, la visión de los que llegaron a las nuevas tierras viene antecedida por este marco de referencia también.

Y es que no hay momento más oportuno para resaltar nuevamente las palabras del Almirante desde el discurso tejido en sus narraciones,

Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje; pero el almirante los forzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podían haber. (1986:129)

La idea clara y previa de “sacar provecho”, de la búsqueda constante del oro y las piedras preciosas nos habla de un establecimiento de jerarquías aún antes de arribar a tierras e indiscutiblemente después de llegar a éstas.

Como se mencionó anteriormente el frenesí por el oro y demás riquezas hacía que todo lo demás careciera de valor. Recordemos cómo decía el Almirante no querer detenerse a observar “cosas” (culturas, gentes y paisajes) por no perder tiempo para buscar el oro. Es una obsesión previa debido a que una de las premisas para mantener el poder racionalmente hablando es por medio de la obtención de la riqueza y el control de ella. Las palabras que se deben retener son “obtención, tomar y controlar”.

Si a esto le agregamos que ante la materialización real de la ilusión del paraíso, se visualizó el oro fino y la felicidad, estamos sin dudas ante la unión de dos coordenadas claves. Una definida y establecida desde un sujeto cultural moderno y

otra desde la mística que formó un sujeto cultural en el cual privaba el sueño de un paraíso perdido. Ambos sujetos se complementan para dar un resultado particular.

Si se analiza minuciosamente tenemos una conjunción de elementos fundantes cruciales que impactaron la mirada y las acciones posteriores de aquellos que llegaron y de los otros que habitaban y habitarían las tierras “recién descubiertas”.

Según la propuesta de Edmund Cros en su libro, *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, el sujeto cultural permite la emergencia y funcionamiento de una subjetividad, es un sujeto colectivo y conlleva un proceso de sumisión ideológica. En este sujeto cultural moderno plasmado en *El príncipe* se define una subjetividad que designa lo dominante frente a lo dominado. Lo dominante enseña al otro a ser inferior y dominado y se establece una jerarquía que organiza de forma clara las relaciones de poder entre unos y otros.

Ahora bien, el que establece puntualmente que lo que le interesa son los beneficios y los busca obsesivamente, se ubica en los dominantes. Ese es el que va a ubicar y designar. Nuevamente el que toma, el que obtiene. Es el primero en la jerarquía. Racionalmente siempre se ha tenido que el privilegio y la posición en la parte alta de las oposiciones binarias garantizan bienestar y seguridad y, en este sentido, se deben buscar todos los medios para estar y mantenerse allí. Se busca, se toma y se obtiene. Posteriormente, se mantiene. Tenemos aquí la lógica de *El príncipe*.

Y es, por demás, lo que evidencian las palabras del Almirante. Tal y como se observa en la siguiente cita

Cuanto será el beneficio que de aquí se puede haber yo no lo escribo. Es cierto señores Príncipes que donde hay tales tierras que debe haber infinitas cosas de provecho (...) y faré enseñar esta lengua a personas de mi casa, porque veo que toda la lengua una fasta aquí, y después se sabrán los beneficios (1986:159)

Los privilegiados antes que nada buscan beneficios para convertirse literalmente en beneficiados; y con ello obtienen y conservan, se podrían decir muchos elementos pero entre

los esenciales, el poder, la riqueza y la felicidad. Ciertamente es muy debatible, sin embargo, evidente dentro de los postulados que navegan en las lógicas humanas. De esta misma forma se trasluce en las crónicas, sigámosle el hilo a un extracto de la narración.

Así lo dicho por el Almirante,

(...) Y cobrando grandes señoríos y riquezas y todos sus pueblos de la España, porque sin duda es en estas tierras grandísimas sumas de oro, que no sin causa dicen estos indios que yo traigo que ha en estas islas lugares adonde cavan el oro y lo traen al pescuezo, a las orejas y a los brazos e a las piernas, y son manillas muy gruesas, y también ha piedras y ha piedras preciosas (1986:150)

Nuevamente, fundamental los beneficios, ser beneficiados, la obtención del oro y las piedras, con ello la riqueza. Sin embargo y siguiendo esta línea de análisis, no se limita solo a conseguir oro y piedras preciosas sino que pone la mira sobre la explotación los recursos naturales. Es por esta razón que manda sangrar muchos árboles con el fin de ver cuánta cantidad de resina obtiene; asimismo ve “grandes sumas” de algodón que se vendería muy bien aquí mismo, dice, sin llevarlo a España. En otras palabras, les compraríamos a ellos nuestros propios productos para beneficio, eso sí, de los llegados del otro lado del mundo. Y un producto que estaba allí en los montes dondequiera y que nadie en principio cobraba por él, y menudo detalle, era nuestro.

La contraparte de la oposición binaria queda más que evidenciada en las narraciones que estamos analizando, nuevamente en el tejido discursivo que se muestra en las palabras. Así, después de calcular y tratar de determinar todos los beneficios posibles, Colón afirma,

(...) salvo a las ciudades del Gran Can que se descubrirán sin duda, y otras muchas de otros señores que habrán en dicha servir a Vuestras Altezas, adonde se les darán de otras cosas de España de las tierras de Oriente, pues éstas son a nos en Poniente (1986:150)

Ellos se ubican como beneficiados y servidos y los otros como dadores y servidores. Nótese el contraste con la siguiente cita,

Dijeron que los habían recibido con gran solemnidad, según su costumbre, y todos, así hombres como mujeres, los venían a ver, y aposentárosles en las mejores casas; los cuales los tocaban y les besaban las manos y los pies, maravillándose y creyendo que venían del cielo (...) dábanles de comer lo que tenían. (1986: 147)

Es el dar frente al recibir. El ofrecer frente al obtener. Es el tomar para lo privilegiado y el ceder y brindar para lo definido eventualmente como marginado. El servido frente al servidor. El beneficiado frente al beneficiador.

Ahora sí establecida la jerarquía, el beneficiado obtiene la riqueza, el poder y la felicidad. Más claramente, en un lugar concebido como el paraíso terrenal era lógico esperar llegar a ser servidos, beneficiados, ricos, poderosos y felices. Era el lugar donde se encontrarían a los servidores, las riquezas, el acceso al poder y, por ende, el camino seguro a la felicidad.

Conclusiones

1. Desde siglos atrás, se había construido un sujeto cultural añorante en cuya vértebra central se dibujaba como un crisol todos los elementos constitutivos del paraíso bíblico descrito por místicos y teólogos, desde las narraciones del génesis pasando por San Agustín hasta nuestros días.
2. Entre los aspectos más sobresalientes encontramos una naturaleza exuberante y de belleza extrema, fertilidad, armonía, estabilidad y paz. Se rescata la abundancia del agua, los árboles con diversos frutos, un oro fino y estados de felicidad sin fin.
3. Una serie de coincidencias en las descripciones del paraíso bíblico con lo que se "miraba" establecieron en el Nuevo Mundo, la realización material del Jardín del Edén. Las bellezas naturales dieron pie a ver en estas tierras la ubicación de un paraíso perdido, presentado e inmensamente anhelado.
4. Así, en las narraciones hechas por el Almirante, se deja entrever el tejido de un discurso que evidencia la mirada ya anticipada que matizó

la forma en que se decodificaban y describían las nuevas tierras.

5. Debemos retraer las memorias que guardan las palabras y con ello evidenciar la carga simbólica que poseen. Los signos de atemporalidad que nos presentan la eternidad y con ella la ausencia de muerte se muestran constantemente. El estado de inmortalidad se recaba en la simbología del ruseñor, del agua y de los árboles, en la constante de las palabras hoy y siempre y, por ende, en la ausencia de ruptura.
6. Al no haber ruptura, no hay dualidad. Donde no hay dualidad no hay oposición, no hay jerarquía, no hay privilegiados o marginados. Un estado ciertamente paradisíaco. Un lugar donde canta el ruseñor día y noche. Es decir, donde nunca se anunciarán los peligros del día pues nunca dejará de cantar; su canto exclusivamente nocturno pertenecerá solo al mundo ajeno al paraíso y es solo allí donde la alondra aparecerá. Su canto que es la misma perfección (un canto de rectitud y bondad) recuerda sin duda la armonía y la excelencia del vergel perdido. Hoy y siempre. Hay una permanencia sin muerte llena de una calma, suavidad y dulzura en las aguas y los aires. Olores frescos y agradables. La fertilidad es vida en abundancia y se manifiesta magistralmente en el verdor, los árboles y el agua. Esta que es el origen de la creación, conlleva la sabiduría del creador y, por tanto, está llena de vida espiritual plena y eterna. Y, en esta misma línea, el árbol representa la vida misma del espíritu donde no hay dualidad vida, muerte. Se superan los opuestos nuevamente. Por consiguiente, existe una armonía, una calma y una mansedumbre impresionante. Los perros no ladraron jamás y las avecillas eran mansamente salvajes. Todo ello mirado y grabado en los retratos mismos de las tierras recién descubiertas. Se miró a través de un bello vitral y se plasmó así un sueño, un anhelo, un deseo.
7. Paralelamente, existía una plataforma ideológica que conformara un sujeto

cultural moderno en la cual se utilizaba la razón como instrumento para ejercer, controlar y mantener el poder. Ésta, a su vez, estableció jerarquías entre dominantes y dominados. Por supuesto, lo que se pretendía desde esta lógica era ubicarse en los primeros y, además, mantenerse allí.

8. Estas dos bases ideológicas de aparentes sujetos culturales distintos coincidieron, a tal punto que conformaron un solo sujeto deseante. Deseante de un paraíso terrenal lleno de vida, de bellezas naturales y plenitud en todos los sentidos, lleno de oro fino y felicidad. Se define felicidad entonces no desde lo espiritual o la mística, sino desde las coordenadas humanas que tiende a entenderla tradicionalmente como la acumulación de bienes, riquezas y poder. Se busca un paraíso místico pero materializado y vivido humanamente. Ciertamente el cómo mantener esa felicidad, es decir, el cómo preservar la riqueza que sostiene al poder y cómo ejercerlo para ubicarse en los estadios de los dominantes es lo que magistralmente se recopila y se da en *El príncipe*.
9. Y talvez el punto crucial. Obsérvese atentamente. Por primera vez y de forma explícita se teoriza acerca de cómo dominar y ejercer el poder clasificando y segmentando los diversos reinos y las estrategias para mantenerlo. La meta, si así podríamos llamarla, es sin duda dominar. Maquiavelo parte del hecho de que la dominación es condición natural del ser humano y, por tanto, literalmente *naturaliza* las formas de poder y dominación. Ya desde esta premisa se va a establecer, valga la redundancia, naturalmente las formas de dominación y jerarquía entre dominados y dominantes.
10. Quedan aun antes de partir establecidos aquellos que buscan los beneficios y se ubican como tales. Y los otros que serán benefactores. El uno toma, el otro da. El primero mira y describe, por tanto establece. El otro es mirado y ofrece a la vista. El que busca beneficiarse frente al que tiene para beneficiar. Estamos ante el servidor y el servido, una especie de lógica entre el

señor y su siervo, en otras palabras, entre el privilegio y el margen. Es mejor, diría Maquiavelo, tener y mantener que perder y no tener. Incluso talvez agregaría con convicción, *es natural*. Y con ello se naturaliza, como se mencionó anteriormente, los centros y las periferias y quedan a posterior ubicados los unos y los otros.

Bibliografía

- Amoretti Hurtado, María. 1993. "Hablemos del discurso". *Kañina, Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*. XVII (2): 209-212
- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant. 1991. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Editorial Herder
- Cros, Edmund. 1997. *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Buenos Aires: Corregidor
- De Arfe y Villafañe. 1976. *Quilatador de plata, oro y piedras*. Valladolid, 1572; reproducción facsimilar, Madrid, fo.23v
- Delumeau, Jean. 2003. *Historia del paraíso*. México: Taurusminor
- Fernández de Navarrete. 1986. *Viajes de Colón*. México: Editorial Porrúa, S.A
- Leslie Bethell, ED. 2000. *Historia de América Latina. 3. América colonial: economía*. Barcelona: Crítica
- Maquiavelo, Nicolás. 1998. *El príncipe*. Madrid: Edimat Libros, S.A
- Zizek, Slavoj. 2005. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós

